

cuando se usa como insulto o de modo despectivo» y lo justifica lexicográficamente sirviéndose de los principales diccionarios.

Por otro lado, las notas de la *Declamatio* de Tomás Moro en respuesta a la de Luciano ayudan en gran medida a comprender la estructura retórica de los discursos, puesto que se centran, además de lo anteriormente indicado, en cuestiones técnicas retóricas como *exordium*, *narratio*, etc.

Sin ánimo de desmerecer esta obra, habría que indicar que el lector quizá podría echar de menos no tener en el mismo volumen los textos griegos y latinos. Pero esta ausencia, muy menor y sin importancia, puede ser suplida muy fácilmente consultando los textos originales en internet o la edición de Thompson de 1974, que está disponible en una biblioteca virtual de libre acceso como Internet Archive.

En resumen, la profesora Cabrillana ofrece una cuidadísima traducción al español de una traducción latina de textos griegos. Las notas, por su rigor, constituyen un ejercicio excelente y paradigmático sobre cómo se debe comparar, explicar y justificar traducciones entre lenguas antiguas y entre una lengua antigua y otra moderna. Además, esta obra constituye una contribución muy lúcida, seria e interesante sobre la tradición clásica en la época del humanismo.

\* \* \*

**Javier Velaza (ed.), *Historia Augusta*, Madrid, Cátedra, 2022, 560 pp., ISBN 978-84-37644-47-9**

MIGUEL RODRÍGUEZ-PANTOJA

ca1romam@uco.es

DOI: 10.48232/eclas.163.13

La *Historia Augusta* es un gran quebradero de cabeza para los especialistas, que la enjundiosa Introducción del libro repasa de forma breve, pero suficiente, con el apoyo de una abundante bibliografía. El Autor deja claro que (pp. 9–10) «A decir verdad, solo de una cosa podemos estar seguros: la *HA* no es lo que simula ser. Es decir, no es un conjunto de biografías imperiales escritas en tiempos de Diocleciano y de Constantino por seis autores diferentes», y también que acerca de ella (p. 11) «hoy tenemos un

conocimiento mucho más profundo», aun cuando «puede afirmarse que las cuestiones fundamentales permanecen todavía abiertas».

Para la *Datación* (pp. 11–13), prácticamente ha sido abandonada la idea del periodo constantino-teodosiano, y se piensa más bien en el último decenio del siglo iv o los primeros del v. En cuanto a la *Autoría* (pp. 13–19), descartados los seis personajes cuyos nombres ofrece la obra, predomina la idea de que sería uno solo, quizá el senador y poeta Naucelio o el gramático Tascio Victoriano; en todo caso, se trata de «un texto de familia elaborado en el seno de la biblioteca familiar de los Nicómacos-Símmacos entre 382 y 525».

Por lo que atañe a la *Tendencia de la obra* (pp. 19–22), o sea, «el conjunto de ideas políticas y religiosas que el autor dejaba traslucir en el texto y para cuya reivindicación y propaganda la *HA* habría sido concebida», la crítica oscila entre dos extremos: una defensa de los valores de la aristocracia senatorial pagana, o no mucho más que una «novela histórica», «una broma literaria, un juego culto, un trampantojo construido con guiños y alusiones que quizá solo fueran comprensibles a un reducido número de *connaisseurs*», la opinión hoy más aceptada. La *composición* (pp. 22–30) es compleja y difícil de interpretar; caben hasta cuatro grupos: las vidas principales, con fuentes fiables al alcance del autor; las secundarias, sin fuentes específicas, «que se construyen a base de repeticiones de datos de las vidas principales, alusiones literarias y pura ficción»; las intermedias, con introducción de fuentes griegas e incremento de la ficción, y las últimas, «donde el autor da rienda suelta a su imaginación y a un tiempo a sus dudosas dotes literarias». Está bastante claro que no fueron redactadas en el orden actual y que hubo revisiones. En cambio, ignoramos «la razón de la atribución de cada biografía a uno u otro de los heterónimos», el título original, si es que lo hubo (el de *Historia Augusta*, «extraído de la propia obra», remonta a finales del siglo xvi), el inicio y el porqué de la «lacuna». En cuanto a las fuentes, «hoy por hoy resulta ya prácticamente imposible realizar una reseña exhaustiva de cuanto se ha escrito al respecto»: hay quien habla, sobre todo para las vidas principales, de autores concretos como Mario Máximo, cónsul en 223, pero también de «un conjunto de biografías imperiales que habría sido fuente común para la *HA*, para los epitomadores, y para Jerónimo». Con estos materiales de composición, que incluyen buenas dosis de inventiva, «seguramente no hay mejor manera de definir el género literario en el que se inscribe que recurrir al término de *mythistoria*, que es hápax en latín y que parece haber sido inventado justamente por el cínico autor de la *HA*».

Menos atención se ha prestado a la *Lengua y estilo* (pp. 30–31): la obra es «estilísticamente decepcionante», la sintaxis «monótona y de llamativa pobreza», el léxico modesto en líneas generales, si bien de vez en cuando aparecen términos insólitos, algún hápax, arcaísmos o helenismos, con frecuencia injustificados; en definitiva «quien escribió la obra parece más bien construir sus frases con el esfuerzo y el desmaño propios de quien no está habituado al uso del lenguaje como herramienta de trabajo o incluso de quien no tiene el latín como lengua materna». Las páginas 31–38 van dedicadas a *La transmisión* del texto, la *Recepción de la Historia Augusta en España* y las tres *Traducciones de la Historia Augusta* al español anteriores a la que nos ocupa.

*Esta edición* (pp. 39–40) sigue la de Hohl, con modificaciones a partir de lecturas propuestas por otros editores, tiene en cuenta la colación de algunos manuscritos y la tradición indirecta. Respecto a la traducción, el Autor no intenta «mejorar» el original, idea que comparto. Las notas van destinadas a identificar a los personajes reales o ficticios, y las ciudades o monumentos que se mencionan en la obra; a informar sobre los acontecimientos históricos aludidos, a «definir los términos institucionales y de *realia* [...]»; indicar, cuando resulta necesario, la fuente literaria sobre la que se constituye el relato; subrayar, en fin, los elementos de análisis lingüístico y estilístico que permitan una cabal comprensión del texto en su dimensión literaria». Cierra la *Introducción* un *Cuadro cronológico* de los años 117–410 (pp. 43–46) y una amplia y actualizada *Bibliografía* (pp. 47–67). El *Índice onomástico* ocupa las pp. 533–560.

En la traducción, que refleja los planteamientos del Autor, se han escapado errores, cosa casi inevitable; por ejemplo, Heliog. 23,8 *murenarum lactibus et luporum [...] rusticos pauit*, difícilmente pasa a «alimentó a los campesinos con leche de murena y de lucio»: si bien «leche» aparece en alguna otra traducción e incluso en diccionarios *s. v. lactes*, identificado con «semen», por lo menos convendría explicar qué se entiende por «leche de murena» (en tal caso iría mejor «lecha»), pero, sobre todo, cuál puede ser su aporte alimenticio; ahora bien, el *TLL* da la solución más sencilla al señalar que *lactes* es, sin más, el intestino delgado. La traducción «mujer vergonzante» para Aur. 19,11 *uxor infamis* dice lo contrario que el original: la Academia define el adjetivo solo como «Dicho de una persona: Que siente vergüenza»; bastaría, pues, «infame». Tampoco «esposar» (o sea «sujetar con esposas») va bien para Aur. 7,7 *filiamque suam Lucillam fratri despondit*. Y Claud. 17,6 *clamydem Dardanicam mantuelem* no debe pasar a «clámide dardánica de forma de mantel», pues en español «mantel» es

solo el lienzo que cubre la mesa (o el altar); también el *TLL* aclara las cosas: se trata de una «clámide fabricada con la hechura de un manto»...

Las abundantes notas, suficientemente escuetas, están bien documentadas. He detectado alguna incongruencia: las fechas se traducen según el sistema romano, difícil de identificar para el profano, pero solo de forma esporádica hay una nota con el actual (cf. p. 117, n. 12). También en ocasiones se las echa de menos, por ejemplo, a propósito del citado Aur. 7,7, donde vendría bien resaltar que Lucila era hermana de Vero precisamente por adopción. En fin, alguna no se relaciona con el texto: a propósito de trig. tyr. 18,2 *apud Dafnidem*, un lugar geográfico, probablemente la isla de Dafne, cercana a Antioquía, leemos, sin duda por accidente, que «el personaje parece claramente ficticio».

Descuidos que no ensombrecen un texto de provechosa, y entretenida, lectura.

\* \* \*

**José Martínez Gázquez & Fernando González Muñoz (eds.),  
*Alchoran siue lex Saracenorum*. Edición crítica y estudio,  
Madrid, CSIC, 2022, 580 pp., ISBN 978-84-00-11041-3**

JOSÉ MANUEL RUIZ VILA

joseruo7@ucm.es

DOI: 10.48232/eclas.163.14

A pesar del carácter de intraducibilidad que los musulmanes confieren a su texto sagrado, el Corán, la Edad Media fue testigo de su traducción completa al latín en tres ocasiones (además de otras versiones parciales) y todas ellas producidas en la Península: la primera de Roberto de Ketton, un monje de origen inglés, en 1142/1143, la de Marcos de Toledo en 1210 y la de Juan de Segovia en 1456. Ahora bien, parece una obviedad, pero el impulso que movía a los traductores no era la difusión de esta doctrina, sino su mejor conocimiento para lograr una refutación teológica basada en argumentos bien documentados. El libro que ahora reseñamos es, precisamente, la edición crítica de esa primera versión latina que Roberto de Ketton realizó a instancias de Pedro el Venerable, abad de Cluny.

El volumen, de exquisita factura editorial, consta de un «Estudio introductorio» de más de doscientas páginas, la edición crítica, un breve apéndice y unos completos índices. Tras una breve presentación, «Preliminar»